

La historia analítica en la dimensión de las ciencias humanas y sociales¹

Mario Hernández Sánchez-Barba²

Al decir historia, la riquísima lengua española, con enorme cantidad y variedad de sinónimos y antónimos, expresa dos cosas distintas, que sólo se distingue gráficamente por el uso de la minúscula o la mayúscula. La historia, es decir, la vida de los hombres en el tiempo, afectando a la humanidad entera en simultaneidad, aunque en lugares distintos del planeta. Esta es la vida histórica, la historia-realidad, movida en una compleja dialéctica problemática en la dimensión del tiempo. Es la historia real, que los historiadores y cualesquier persona puede pensarla.³ Luego exista la Historia, que es el conocimiento propio del oficio de historiador mediante la investigación para reconstruir la realidad, mediante la aplicación de un método científico.⁴

1. Conferencia pronunciada en el salón de actos de la Academia Dominicana de la Historia la noche del jueves 26 de octubre de 2006.
2. Historiador y profesor español de la Universidad Francisco de Vitoria, Madrid, y miembro correspondiente extranjero de la Academia Dominicana de la Historia.
3. Jaques Le Gof. *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Barcelona, Paidós Ibérica, 1991.
4. Carl E. Schorke. *Pensar con la Historia*. Princetown University Press, 1998, Ed. Española, Santillana, 2001.



En realidad, ésta última función supone tomar conciencia de la historia, estudiar la realidad, o llevar a cabo una investigación histórica mediante una técnica apropiada para alcanzar un conocimiento, lo más aproximado posible, a la realidad estudiada.⁵ Ello mediante el cumplimiento de tres condiciones que constituyen los objetivos del historiador siempre: conocer, lo cual sólo es posible mediante una investigación; relacionar el conjunto que inscribe los hechos para disponer de todos los factores que entran en juego; y comprender, que debe considerarse como la esencia de la Historia, es decir, la razón histórica. Cumplidas estas tres condiciones, el historiador toma conciencia de la problemática de los hombres que constituyen el tiempo histórico en la problemática de la razón, el sentimiento, la autoconciencia y las fórmulas vitales, sociales e ideales características de los hombres, sociedades y culturas que viven una misma temporalidad,⁶ a la cual se accede al momento temporal desde el cual investiga el historiador.

5. Un primer problema de la investigación histórica se refiere al método. En la historia positivista existía un método histórico y una metodología, de la que pueden considerarse modelos los libros de los Seignobos. Actualmente, se confirma cada día que, dada la gran diversidad metodológica de la Historia, el historiador debe crear para cada tema su propia metodología. V. *Encyclopedie de la Pleiade*, Vol. XI, *L'Histoire et ses methodes*, director R. Queneau, 1961. En la etapa positivista se hablaba de “*ciencias auxiliares*”, V. Robert Delort: *Introduction aux sciences auxiliares*, Paris, Armand Colin, 1969. En los tiempos actuales de gran renovación científica del análisis histórico, es imprescindible poner de relieve la relación que existe entre todos los factores que pueden intervenir en la efectividad de algún fenómeno histórico, lógicamente sobre la base de supuestos del método científico. Cfr. Franco Catalano: *Metodología y enseñanza de la historia*. Barcelona, Península, 1980, quien afirma que el mayor realismo del historiador consiste en saber que todo es relación.
6. El historiador debe poner el máximo empeño en evitar el anacronismo que es, sin duda, el máximo pecado de quien no es profesional de la



Es entonces cuando el historiador se encuentra en condiciones de comunicar al público. Por consiguiente, conocer es investigar; comprender es relacionar; comunicar es transmitir el conocimiento de la realidad. El primer catedrático universitario que cumplió estas tres funciones desde su cátedra de Teología Prima de la Universidad de Salamanca, conseguida por oposición en 1527, fue el eminente dominico Francisco de Vitoria que “*investigaba*” para preparar sus clases universitarias, con objeto de transmitir la materia que explicaba con meridiana claridad. Conocemos sus ideas por los apuntes de los alumnos, ejerciendo de este modo, en exclusiva la “*docencia*”; por último, en conferencias públicas formaba rectamente la opinión pública de cuantos querían ir a oír su opinión sobre temas de actualidad, mediante las famosas *Relecciones*. Esta tercera función quizá provenga del historiador griego Tucídides (c. 465- c. 395 a.C.), cuando afinaba el método comprensivo de la historia comprobando que:

“la mayor parte de la gente se siente más inclinada a aceptar la primera cosa que oye, que a cargar con el problema de investigar en pos de la verdad”.⁷

historia. El tiempo al que se accede, debe considerarse situación, que según X. Zubiri “*es el modo como el hombre está situado en el tiempo en relación con su experiencia*”, añadiendo, “*no es algo añadido al hombre como la cosa del contorno, sino la radical condición para que las cosas tengan sentido para el hombre*”. Vid. *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, 1999, (En esta obra, Cfr. “*Sócrates y la sabiduría griega*”).

7. Tucídides efectuó extensos viajes por toda Grecia con el fin de recoger la mayor información para escribir la *Historia de la guerra del Peloponeso*, que no llegó a concluir. Describe las luchas entre Esparta y Atenas por la hegemonía, desde el 431 hasta el 404 (a.C.). La Historia



La Historia positivista

La Historia positivista es narrativa, se centra en el documento, en el hecho, la crítica interna y externa y la sucesión, para componer un relato, con una metodología establecida, imposible de cambiar o modificar, so pena de incurrir en herejía.⁸ El factor esencial es el documento, pues, para los positivistas sólo ellos pueden avalar los hechos históricos. El método confunde de modo lamentable “*pasado*” e “*histórico*” y sólo considera viable para conocer el pasado histórico la observación de los hechos que después de ocurrir sólo permanecen en lo que dicen los documentos conservados en los archivos. La segunda parte del libro de Seignobos, se refiere a las Ciencias Sociales y su relación con la Historia y plantea un rudimentario método relacionado con las Ciencias Sociales, que ha sido rechazado modernamente.⁹

El positivismo histórico cayó pronto en la dimensión de la causalidad o “*causación*” de los hechos y en primer atisbo analítico, aunque limitado a la misma causalidad,¹⁰ sin entrar para nada en el problema fundamental de la Historia, que consiste en la doble línea del tiempo, la relación y la simultaneidad, que ha sido tratado modernamente por diversos autores, sobre

queda cortada en el 411, en el momento en que los atenienses llaman a Alcibiades.

8. El manual metodológico de este modo de concebir la Historia es Ch. Seignobos: *Introducción a los estudios históricos*. Se publicó una segunda parte con el título de *El método histórico aplicado a las ciencias sociales*, Madrid, Jorro, 1923.
9. Vid. Pierre Chaunu: *Historia Ciencia Social. La duración, el espacio y el hombre en la época moderna*, Madrid, Ed. Encuentro, 1985.
10. Cfr. Los trabajos de F. J. Teggart, M. R. Cohen y de M. Mandelbaum: *La causalidad en la historia*, Madrid, 1959.



todo en el campo de la fenomenología existencial,¹¹ o en el de la Física teórica,¹² con planteamientos de primera importancia acerca del cambio histórico, las magnitudes del tiempo, su disgregación o indeterminación de cuantos factores intervienen en la cristalización de los procesos históricos. La Historia positivista constituye una condición originaria de disciplina narrativa, crónica de lo visto y lo oído, o bien centrado en el pretérito hecho histórico. En última instancia, una manera de narración de lo sucedido, además expuesto en forma de sucesión y absoluta aplicación de la ley de la causalidad.

Precisamente la relación entre el ser y el tiempo llevó a Martín Heidegger (1889-1976), a plantear los cimientos de una importante obra filosófica,¹³ en la cual dejó establecido que lo propio del ser es el pensar, pues pensar es la respuesta a la llamada del ser; ello se pone de manifiesto en la poesía, en cuanto que los géneros literarios —épico, lírico, dramático— surgen como una consecuencia de la relación del creador poético con la noción del tiempo “*hacia*” el cual crea:¹⁴ si es

11. N. Hartmann: *Ontología. IV Filosofía de la Naturaleza. Teoría especial de las categorías. Categorías dimensionales. Categorías cosmológicas*, México-Buenos Aires, F.C.E., 1960. Traducción española de José Gaos.
12. Bartolomé Escandell Bonet: *Teoría del discurso historiográfico*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1992, *Vid.* Especialmente “*Hacia una práctica científica consciente de su método*”.
13. Martín Heidegger: *El ser y el tiempo*, 1927, traducción de José Gaos, México, F.C.E., 1993, la obra quedó sin concluir; tampoco la tercera sección de la primera parte que debía explicar el ser en términos de tiempo, así como tampoco concluyó la totalidad de la segunda parte, aunque se refiere a ellos en algunas investigaciones posteriores, de modo particular en *Introducción a la metafísica* (1935).
14. *Vid.* Emil Steiger: *Grundbegriffe der Poetik*, Atlantis Verlag AG, Zurich, (Edición española de Ediciones Rialp, Madrid, 1966.



recuerdo, se origina el estilo lírico; si es representación de lo que se ve, el estilo épico; si es tensión problemática, el estilo será dramático. De manera, pues, que estas tres secuencias estilísticas en la creación literaria, crean una correspondiente posición de emoción, descripción o problematización. Esto significa, naturalmente, una superación de la simple reproducción factual, para alcanzar una reacción científica que proviene de la concepción metafísica de la realidad.

La Historia analítica

El ser y el tiempo, supone, pues, la primera manifestación de urgencia respecto a una reorientación del concepto científico de la Historia. No resulta difícil pensar que, mediante el análisis, se pudiese lograr alcanzar los significados más profundos de la realidad existencial, de suma complejidad en la vida de los hombres en el tiempo, para hacerlo entrar en los diversos sentidos del tiempo histórico:¹⁵ distintos ritmos y distintas fluctuaciones temporales; la dinámica asincrónica de los factores estructurales, las secuencias temporales de situaciones históricas reales, la revelación de las estructuras y la sincronía; los procesos diacrónicos. Se origina, ante esta problematización, una llamada urgente y necesaria, hacia el análisis histórico; se hizo imprescindible la consideración de la Historia como ciencia teórica. Fue una consecuencia de la tercera revolución científica, con la aparición en tal instancia de las Ciencias Humanas y Sociales.

15. X. Zubiri: *Espacio, tiempo, materia*, Madrid, Alianza Editorial, Fundación X. Zubiri, 1996.



En una generación histórica,¹⁶ que hubo de ser la *intermedia I* (1930-1955), se produjo el gran cambio conceptual de orientación hacia la Historia analítica, con tres tendencias que fueron claves para la innovación historiológica. Quizá estuvieron promovidas por los efectos de la tercera revolución científica cuyo epicentro se sitúa en el año 1930. Se conoce como “*revolución intelectual del siglo XX*”, cuyo más pujante intento metafísico, corresponde, como hemos visto a la aparición (1927) de *Sein und Seit* de Martín Heidegger; la segunda tendencia se centra en la fundación de la revista *Annales* en París y la celebración, en 1950, del IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas; en tercer lugar y tercera tendencia impulsora, la celebración en 1930 en Nueva York del Congreso Internacional de Filosofía.

El nacimiento de las Ciencias Humanas y Sociales, no supuso una interferencia con la *Humanitas* clásica, sino el enriquecimiento de la especulación intelectual y científica de bienes culturales, de modo que los seres humanos, por vía intelectual, crearon una considerable pirámide de posibilidades, respecto al conocimiento, mediante la investigación, de las

16. No hago aquí referencia a una condición generacional biológica, como hasta ahora se ha venido haciendo. Al decir “*generación histórica*” me refiero al mecanismo histórico en cuya virtud se produce la plena incorporación de las personas a la vida histórica activa, coparticipativa, profesional y creadora, capaz de enriquecer la comunidad social, política, económica o cultural. Estimo como radio generacional veinticinco años, con cuatro generaciones en cada siglo que sitúo en los años 5, 30, 55 y 80 de cada siglo, más/menos 5, lo cual supone una variabilidad de diez años y una interacción generacional de veinte, en los que se produce, mediante la relación y la comunicación mutua de valores, constituyéndose también el punto de inflexión del cambio histórico. Cada siglo presenta cuatro generaciones: *primiceria*, *intermedia I*, *intermedia II*, *finisecular*.



motivaciones e impulsos de los seres humanos en el mundo histórico,¹⁷ desde las más elementales actitudes frente a la Naturaleza,¹⁸ hasta las más grandes concepciones del pensamiento racional.

La formalización de las Ciencias Humanas y Sociales, así como su creciente configuración de saberes especializados, con métodos propios cada vez más perfilados,¹⁹ al ser incorporados por la Historia, originó importantes transformaciones, si bien, naturalmente, no es lo mismo, por ejemplo, “*Sociología*” que “*Historia social*”, o “*Demografía*” o “*Historia demográfica*”.²⁰ Es evidente la incorporación a la construcción histórica de términos como estructura o coyuntura, por ejemplo, originando una terminología nueva de aplicación en el análisis histórico y, además, una relación científica con las Ciencias Sociales.²¹

La fundación efectiva de la Revista *Annales*, estuvo precedida de los esfuerzos de Lucien Lefebvre y de Marc Bloch, posteriormente, del gran maestro de la Historia, Fernand Braudel. La Historia mantuvo las secuencias dinámicas de la temporalidad dinámica, el movimiento de los cambios

17. Entre otras, Politología, Psicología, Etnología, Sociología, Antropología, Geografía Humana, Psicoanálisis, etc.
18. Vid. Paul Chinard: *L'Homme contre la Nature*, Paris, 1943, y *L'Amérique et le reve exotique*, Paris, 1953.
19. Cfr. M. Castells y E. De Ipola: *Metodología y Epistemología de las Ciencias Sociales*, Madrid, 1975. Maurice Duverger: *Métodos de las Ciencias Sociales*, Barcelona, Ariel, 1966.
20. Vid. *Melanges en l'honneur de Fernand Braudel: Methodologie de l'Histoire et des sciences humaines*, Toulouse, 1973 y UNESCO: *Tendances principales de la recherche dans les sciences sociales et humaines*, Paris, 1978.
21. Pierre Villar: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Critica, 1980.



históricos y el discurso de los conjuntos de que es ejemplo cimero la obra de Braudel.²²

Casi simultáneamente, en el año 1930, se celebra en Nueva York el Congreso Internacional de Filosofía, en el cual se plantea a fondo la teoría de las categorías, que es aquella en la que se plasma toda inteligencia mutua, en cuanto todo se mueve en el terreno de lo impersonalmente objetivo, entre la ontología y la teoría del conocimiento, con especial y enfático interés en las dimensiones del mundo real y el análisis categorial del tiempo. En ese Congreso neoyorkino, Nicolai Hartmann presenta sus comunicaciones “*Das Problem des zeitigen Seins*” y “*Der Aufbau der Realen Welt*”; ambas centran la problemática de las categorías reales y las categorías cosmológicas, orientan de un modo radical la ontología fenomenológica, y ello tuvo una incidencia particular muy importante sobre la teoría de la Historia, centrando de modo muy particular en lo que constituye el meollo de lo histórico: el cambio.²³

En 1950, el tercer momento decisivo en la caracterización del análisis histórico, es el Congreso de Ciencias Históricas celebrado en París, donde se evidenció el cambio de rumbo en las preocupaciones históricas, la necesidad de aplicar técnicas analíticas para estar en disposición de alcanzar la comprensión profunda y radical de los hombres en el tiempo, de los procesos históricos y de los conjuntos preocupativos en

22. Cfr. C. A. Aguirre Rojas: *La escuela de los Annales. Ayer, Hoy y Mañana*, Literatura y Ciencia, marzo de 1999. Con una amplia “*Nota Bibliográfica*”. La obra de Braudel a la que me refiero es *Civilización material, Economía, Capitalismo*, ed. Española con prólogo de Felipe Ruiz Martín, Madrid, Alianza Editorial, 1984, 3 Vols.
23. Jorge Pérez Ballestar: *Fenomenología de lo histórico. Una elaboración categorial a propósito del cambio histórico*. Barcelona, C.S.I.C., 1955.



cada “*momento*” histórico de los protagonistas y creadores del mundo histórico.

Una nueva generación de historiadores, los discípulos de los que, después de la Primera Guerra Mundial intuyeron que la comprensión del pasado histórico había dejado de ser un simple ejercicio de laboratorio academicista, para convertirse en lo que había afirmado rotundamente Marc Bloch:

“*La Historia es una empresa razonada de análisis. Quien no lo entienda así no pasará de ser, en el mejor de los casos, un obrero de la erudición manual*”.

El planteamiento nuevo no suponía, un borrón y cuanta nueva; contaba naturalmente con el conocimiento de los documentos, lo que se planteaba es que la investigación exigía abarcar lo sucedido y aquello que continuaba vigente, produciendo efectos, en su compleja e irrenunciable totalidad. La Historia debía ser integral –“*l’Histoire a part entiere*” de Lucien Lefebvre– y, además, interesando todas y cada una de las facetas del hombre en el tiempo.

Se produce en consecuencia, en el momento generacional anteriormente señalado, la conjunción de estas tres posiciones intelectuales, que acaso ofrezca una relación con el “*crash*” de la Bolsa de Wall Street (1929), y el correspondiente cataclismo económico origen del ingreso del mundo entero en el dramático proceso de la Gran Depresión.²⁴ Sus efectos sólo pudieron ser dominados con el enorme esfuerzo de producción y empleo originado en los Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial, al final de la cual el mundo ingresó en una nueva y

24. Cfr. Michael Howard y Roger Louis: (Eds.) *Historia Oxford del siglo XX*, ed. española, Planeta, 1999.



no menos peligrosa crisis, supuesta por la llamada “*guerra fría*”,²⁵ a partir del año 1950, con máxima intensidad en el quinquenio 1950-1955.

Existe de hecho, en esa situación generacional –1930/1955– una considerable intensificación de esfuerzos intelectuales, que tratan de reaccionar ante la doble crisis, redoblando los esfuerzos del pensamiento para conseguir, mediante el diálogo y la relación en congresos científicos, nuevos modos posibles de renovación, cuando no de señalar horizontes de superación en el señalamiento de vías de comunicación sanas, capaces de abrir caminos para intuir la esperanza de nuevos tiempos. Acaso había sido éste el objetivo fundamental de la revolución intelectual del año epónimo de 1930, en el que culminó un proceso anterior de grandes descubrimientos y nuevas teorías científicas, sobre el Universo, el Hombre y el Átomo, los tres grandes temas planteados al hombre contemporáneo.²⁶

En tal conjunto histórico, cuyo epicentro parece radicar en el año 1930, con sus graves consecuencias económicas para el mundo entero, surgieron, como hemos visto, las tres importantes instancias de comunicación intelectual, en torno a los saberes sobre el hombre: el Congreso de Filosofía de Nueva York –en el que se plantea la función del ser modal y el ser espiritual del Hombre occidental– la fundación de la Revista *Annales*.²⁷ A su vez, esta doble creación canaliza un camino irreductible contra el positivismo histórico, acorde

25. Lawrence Freedman: *The Evolution of Nuclear Strategy*, Londres, 1989, L. Halle: *The Cold War as History*, New York, 1967.

26. Véase el cuadro de este fenómeno histórico planteado de modo excelente por Jaime Vicens Vives: *Historia General Moderna*, 1952, tomo II, pp. 508 y sgs.

27. *Vid. Ob. cit.* nota 20 de C. A. Aguirre Rojas.



con la nueva frontera entre la Historia y la Ciencia, también visible en el pensamiento científico integral, aunque más tardíamente, en la siguiente generación histórica (1955/1980), con los famosos e importantes “*Rencontres Internationales de Geneve, 1958*”, con el propósito fundamental de comunicación para alcanzar un pensamiento común.²⁸ El camino irreductible que señalamos condujo al IX Congreso de Ciencias Históricas de París de 1950. A este Congreso asistió el profesor Jaime Vicens Vives, el cual promovió en España una obra que recogía estas inquietudes.²⁹

Fueron varias e importantes las novedades alcanzadas en el citado Congreso de París; en primer lugar, se incorporaban al acervo histórico, las técnicas de las Ciencias Humanas y Sociales, girando al triple nivel de análisis vital, social e ideal, aplicando la teoría de los conjuntos históricos, con abandono de los métodos –aunque no, naturalmente, los resultados– narrativos positivistas, por el imperio de la lógica histórica,³⁰ la búsqueda de la comprensión de la realidad en función de la inteligibilidad, la interdisciplinariedad y el análisis integral de las situaciones históricas y de su continuidad o ruptura. En todo caso, superando el concepto de sucesión, por el de cambio, pues es la discontinuidad lo que explica el enriquecimiento

28. Algunas actas de estas reuniones fueron publicadas por la Editorial madrileña Guadarrama, en su magnífica colección “*Crítica y Ensayo*”. Por ejemplo, *El hombre y el átomo*, (Leprince-Ringuet, Heisenberg, Dubarle); *Coloquios sobre arte contemporáneo* (J. Cassou, Ansermet, Gabriel Marcel) etc.
29. Me refiero a la *Historia social y económica de España y América*, Barcelona, Editorial Teide, 1957-59, 5 Vols.
30. *Vid.* Charles Morazé: *La lógica de la historia*, Madrid, Siglo XXI, 1970.



o empobrecimiento que pueda ocurrir en la historia. Eso es, cabalmente, lo que el historiador tiene que captar, comprender y exponer de modo inteligible.

Se trata pues en definitiva, de la emergencia de una generación historiológica, así como la creación de escuelas de análisis histórico, en torno a las cátedras universitarias, institutos universitarios y centros de investigación. La separación radical del positivismo histórico –en definitiva, un relativismo histórico– para tratar de comprender al hombre común, al hombre medio, en el que están inmersos los problemas históricos. Al historiador analítico se le ofrecía una nueva fe historiológica: captar comprensivamente cuál había sido la relación de los seres humanos, con su tiempo, con su mundo, con el pasado vigente, con las estructuras recibidas y las creadas por él mismo, con el círculo de relaciones sociales, la eficacia económica, la convivencia, la cultura en cuanto creadora de bienes y un radical sentido de religación, como eje radical y espiritual de los hombres en el mundo. Sin duda, 1950 –o, si se quiere, la generación intermedia I del siglo XX (1930-1955)– constituye una etapa muy significativa. A partir de 1950, un plano de gran sinceridad dirigía la atención de los historiadores a fenómenos comunitarios y sus supuestos de reacciones psíquicas colectivas. Se trata de un acorde sinfónico, con tiempos de distinta intensidad, que permite comprender la realidad comunitaria y los conjuntos políticos, éticos, sociales y culturales.

Nacimiento y desarrollo de una teoría histórica

Así nació una teoría histórica –la teoría del análisis histórico– que de ningún modo rechaza, ni condena, la



erudición, ni la documentación, antes al contrario, exige su conocimiento y su aprovechamiento. Esta teoría alcanza un nivel superior al historiográfico, que bien puede llamarse analítico o metafísico. Pretende comprender a los hombres en su vida cotidiana, en sus intercambios de ideas y en sus ideas; comprenderlos en su tiempo, en su dimensión comunitaria tanto en el orden material cuanto, sobre todo, en lo espiritual, constituyendo un todo coherente y total. Adviértase que nada tiene que ver con el materialismo dialéctico. Veamos qué perspectivas puede ofrecer la teoría analítica de la historia.

El protagonista de la historia es el hombre, al mismo tiempo, sujeto de la vida real y objeto de la Historia del conocimiento. A él los historiadores accedemos antológicamente,³¹ pero es básico conectar con los contenidos concretos, lo cual puede llevarse a efecto mediante el análisis existencial, pues es la existencia –personal y comunitaria– la que origina coherencia y relaciones internas entre los contenidos humanos y ello en un sistema dualista inseparable de cuerpo y alma.³² Según ha establecido Nicolai Hartmann, el espíritu –personal, objetivo y objetivado– constituye el fundamento del fenómeno histórico, el cual resulta imprescindible ordenar metódicamente, además de descubrirlo y describirlo.³³

¿Qué son los fenómenos históricos? Son regiones peculiares de la realidad, equivalentes a la existencialidad

31. Antonio Millan Puelles: *Ontología de la existencia histórica*, Madrid, Rialp, 1956.

32. Pedro Lían Entralgo: *Cuerpo y alma*, Madrid, 1991.

33. N. Hartmann: *Das Problem des Geistigen Seins*, Berlín, De Gruyten, 1933 y *Der Aufbau der Realen Welt*, Berlín, De Gruyter, 1934. Ambas en sendos capítulos de *Ontología*, (traducción de José Gaos, México, Buenos Aires, 5 Vols. 1954).



de la persona humana e, ineludiblemente, a la inteligencia sentiente, característica del ser espiritual humano, forjador de la realidad existencial. Esta se desarrolla dialécticamente en razón a la interacción, hasta su aparición en virtud del análisis existencial, que se fundamenta en un doble principio: la situación a la que se enfrenta la existencia y la referencia al modo de vida adoptado.³⁴ Estos factores encerrados en un mismo “*momento*” de la existencia, son interdependientes entre sí.³⁵ Se trata de un tiempo histórico, del cual toma conciencia el historiador mediante el análisis del *conjunto*, extendido en el tiempo, en todas y cada una de sus partes y en las relaciones con el conjunto de cada una de las partes que lo componen.³⁶

Esta serie de operaciones analíticas implica necesariamente una serie de operaciones metodológicas, establecidas en un excelente trabajo de síntesis que ha cristalizado un libro fundamental.³⁷ La normativa metodológica incide en la investigación histórica en la consecución de lo que Hartmann

34. Xavier Zubiri: “Sócrates y la sabiduría griega”, en *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid 11ª edición, 1999. Nicolai Hartmann: *Ontología I. Fundamentos*, México, F.C.E., 1954.
35. El momento constituye un espacio histórico de uso frecuente por parte de historiadores anglosajones, en el estudio del pensamiento político. Se refiere al área temporal de influencia en el pensamiento político de una teoría que origina una influencia intelectual perdurable. Vid. J. G. A. Pocock: *The Machiavellian Moment. Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, Princetown Univ. Press, 1975.
36. E. M. Agoglia: *Conciencia histórica y tiempo histórico*, Quito, Universidad Pontificia del Ecuador, 1980.
37. Jorge Pérez Ballesta: “*Ideas para una ordenación metódica de la Historiografía*”, en *Estudios de Historia Moderna*, tomo III, Barcelona, 1953. Del mismo autor: *Fenomenología de lo histórico. Una elaboración categorial a propósito del problema del cambio histórico*, Barcelona, 1955.



llamó el “*ser espiritual*” y ofrece una dimensión de tres niveles categoriales para constituir la arquitectura del mundo histórico. El primer nivel consiste en el hallazgo de la *vivencia*, mínima unidad capaz de producir un fenómeno histórico, haciendo frente a una situación, donde se enfrenta, en relación explicativa y creadora, con todas las otras vivencias existenciales en la misma temporalidad existencial, en interconexión, complicación e interacción.

La existencia humana nunca es exclusivamente individual; mediante la *relación* diseñada se produce una comunicación, explicativa y creadora, entre todas las vivencias constitutivas de la temporalidad existencial, originando un *espíritu comunitario*, tanto en lo formal, cuanto, sobre todo, en lo espiritual. Este espíritu comunitario se desarrolla en virtud de la camaradería en el tiempo y la comunidad en la vida. Ocurre así no porque siguiese una filosofía predominante, sino porque aquellos que viven una vida común, en un tiempo dado, forjan, con su esfuerzo, las perspectivas del futuro comunitario desde posiciones creadoras, precisamente en cuanto hacen frente a la situación con la que se enfrentan, desde su propio derecho natural de libertad, orientados hacia un destino común, mediante la creación de un sistema de convivencia, círculos de seguridad, institucionalización capaz de integrar, criterios comunes de creencias y de religación, y el establecimiento de sistemas eficaces de índole social y económica.

De este modo aparece el *espíritu objetivo*, que será común en todas aquellas personas interrelacionadas, apareciendo temáticamente diversificadas las parcelas constitutivas de dicho espíritu objetivo: lengua, ideas, ciencia, pensamiento, religión, moral individual y social, arte, estilo de vida, los modos educativos, los usos políticos, etc. Dentro de cada



mundo histórico, el espíritu objetivo es la síntesis racional de lo histórico, cuyas distintas partes están subordinadas, unas a otras, en el modo e intensidad de sus vigencias, en función de sus respectivas categorías; las vigencias que pueden distinguirse como reguladoras del *pensar personal* y las constitutivas del *obrar personal*. Para que se entienda tal dualismo, consiste en el paso de la idea a la cosa. En términos específicos, la distancia entre la Ciencia y la Técnica, o entre la Erudición y la Ciencia; entre la concepción arquitectónica y la realización de la obra. En última instancia un pensamiento hecho obra de uso social.

Mientras el espíritu objetivo permanezca vigente en el tiempo histórico, se está en presencia del *espíritu objetivado*, configurado como un *proceso* o *discurso* que condiciona un mundo histórico. La objetivación perdura –aunque quizá con distinta intensidad– con el ideal existencial generador esencial del mundo histórico.³⁸ El espíritu objetivo, ofrece un desarrollo ascendente y otro descendente. En ambas fases se produce una intensidad mayor o menor de sus vigencias colectivas, ocurriendo los fenómenos de cambio histórico, siempre en relación con el desenvolvimiento del proceso objetivado.

En consecuencia, en la realidad humana, la única sustancia dotada de iniciativa es la persona concreta, a través de esa

38. La vigencia colectiva acota ámbitos concéntricos en el seno del espíritu objetivo. En éste existe una región dotada de mayor vigencia comunitaria en la que se encierran orientaciones sobre todas las facetas de la existencia. Las regiones del espíritu objetivo dotadas de menor vigencia se asientan en las que la tienen más firmes hasta hacerlo en el *saber originario*, que encierra los principios reguladores de cada campo temático del espíritu objetivo y, por tanto, de la existencia humana. A este corresponde el rango de *ideal existencial*. Cfr. Pérez Ballestar, Ob. cit.



espontaneidad denominada *libertad personal*, de la cual procede cualquier perturbación que se produzca en el mundo histórico, que en la transmisión generacional, origina los cambios históricos. Estos cambios, dados a través de la *interacción* de todos los campos inteligibles inscritos en la misma época, forman procesos dinámicos, que tienen *factividad*. El historiador, mediante la investigación y la reflexión crítica, se aproxima a su conocimiento y a su comprensión, es decir, adquiere conciencia del tiempo histórico.³⁹

La conciencia histórica es, pues, la raíz de la *razón histórica*, se constituye entre inmanencia y trascendencia, es decir, entre datos inmediatos y reflexión. Según ha quedado establecido, la conciencia supone la particularidad de la experiencia, mediante la universalidad del saber. De modo que la conciencia histórica remite a la realidad, pero no alcanza la plena conciencia propia de la existencia histórica a la que se aproxima.⁴⁰ Cada comunidad tiene una conciencia histórica que le es propia, se pone de manifiesto sobre elementos dialécticos entre tradición e innovación: formación educativa para captar la realidad del pasado histórico. Los sistemas y creaciones humanas no resultan indiferentes, sino que conciernen al hombre en lo que éste tiene de esencial, que es el espíritu,⁴¹ en su triple dimensión: personal, objetivo y objetivado, a través de los cuales se alcanza, desde el presente historiográfico, en

39. G. W. F. Hegel: *Fenomenología del espíritu*, México, F.C.E., del mismo: *Lecciones de Filosofía de la Historia Universal*, Madrid, Revista de Occidente.
40. Henry Ey: *La Conscience*, París, PUF, Madrid, Gredos, 1967, (traducción de Bartolomé Garcés).
41. Raymond Aron: *Dimensiones de la conciencia histórica*, Madrid, Tecnos, 1962.



el que se encuentre instalado el historiador, las posibilidades de conocimiento de la realidad.

La época y el análisis epocal

La Historia adquiere importancia en la revolución científica e intelectual del siglo XX, al recibir los legados de las Ciencias Humanas y Sociales y, sobre todo, al abrir, con la interdisciplinariedad, la huida del relativismo. La integración de todos los componentes del mundo histórico, la superación de los horizontes cortos y simples, más propios de las crónicas y la aplicación del análisis científico se alcanzan los valores de la *persistencia* y el significado de los *cambios*, saliendo así de la ambigüedad de la evolución y de la indeterminación de la sucesión.

¿Cuáles son los campos en los que se produce —mediante el análisis historiográfico— la aproximación científica a la realidad histórica con objeto de comprenderla? Ante todo está el hombre,⁴² aunque debe ser entendido no descriptivamente, sino como centro dinámico de relaciones, mediante las cuales se siente impulsado a crear, transformar, interpretar, etc. También a relacionarse consigo mismo y con los otros; a relacionarse con el tiempo, la experiencia, los procesos racionales de acción y de pasión. De este modo, el hombre —en cuanto eje de relación con el mundo histórico—, adquiere una considerable complejidad y nos pone en presencia de categorías, niveles, actitudes individuales y comunitarias de la más diversa índole.⁴³

42. Cfr. Julián Marías: *Antropología metafísica*, Madrid, Revista de Occidente, 1970 y Alianza Universidad, 1983 y 1987.

43. Podríamos dividir en historias sectoriales (Historia Política, Historia Económica, Historia Social, Historia de las Ideas, del Arte, de la Lite-



Un segundo nivel –siempre entendido en el establecimiento de época– lo constituye las *estructuras*, que, desde el punto de vista histórico son ajenas al concepto de permanencia o, si se quiere, resistencia al cambio y al deterioro del tiempo sobre la consistencia.⁴⁴ Recientemente ha surgido un tercer nivel categorial, de atención preferente entre los historiadores, aunque no existe coincidencia acerca de cuales son sus objetivos. Está constituido, a su vez, por tres niveles: el *número*, que pasa de lo meramente estadístico a lo serial cuantitativo, para lograr alcanzar los “*rasgos esenciales de una fuerza histórica*”; en segundo término, las *estructuras*, a través de las cuales –política, económica, social, intelectual y cultural– puede establecerse la organización, la prioridad y la alternancia de lo que permanece y resiste el cambio; por último, las *mentalidades*.⁴⁵

El concepto y significado de las mentalidades, surge muy lentamente en la historia del pensamiento historiológico. Fue ignorado por el latín clásico, recogido por la Escolástica del siglo XIV y no vuelve a reaparecer hasta la filosofía política inglesa del siglo XVII, que utiliza la palabra “*mentality*” para

ratura, de la Filosofía, de la Cultura, de la Demografía, etc). Según la especialidad: Historia de Europa, de América, de España, de Inglaterra, etc. Según la categoría de la temporalidad: “*evenementielle*”, generacional, estructural, de “*long run*”, de “*longue duree*”, etc.

44. Cfr. Fernand Braudel: *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968; por ejemplo, en el campo de la Historia Económica: Hugues Neveux: *Vie et declin d'une structure economique*, 1980.
45. Gaston Bouthol: *Les mentalités*, París, PUF, 1962; G. Duby: *L'Histoire et ses methodes, Encyclopedie de la Pleiade*, París, Galimard, 1961; L. Lefebvre: *La Psychologie et l'histoire*, en *Encyclopedie française*, t. VIII, París, 1938 y “La sensibilité dans l'histoire”, *Annales*, París, 1941.



designar las reacciones psíquicas colectivas, la forma de pensar y sentir de una comunidad, un grupo de personas, un partido, un pueblo, acaso una nación. También puede referirse a entidades profesionales, religiosas, etc.⁴⁶ Voltaire emplea el término⁴⁷ y a finales del XIX desemboca en dos áreas científicas: la Etnología⁴⁸ y la Psicología del niño.⁴⁹ Con posterioridad en la Psicología colectiva, particularmente en la de inspiración marxista que identifica, sin ningún fundamento, ideología y mentalidad.⁵⁰

Aunque muy unida a la Psicología Social, los sentimientos, lo afectivo, el sentido trágico o risueño de la vida, no pertenece a nada de ello. Se caracteriza raigalmente por ser reacción, respuesta colectiva ante un desafío universal, como acaso pueda ser la aparición y desarrollo sobre un tejido histórico, sometido a una acción colonizadora extranjera, de una mentalidad patriótica, que en algunos casos –si existe asentimiento histórico– puede adquirir la condición de nacionalismo,⁵¹ expresándose como una opinión pública para recuperar una tradición que haya existido con anterioridad en el mundo histórico.

46. Vid. Christopher Hill: *The Century of revolution, 1603-1714*, London, Nelson and Sons, 1961.

47. *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, (1754).

48. Levy-Bruhl: *La mentalidad primitiva*, 1922.

49. Henry Wallon, definió en 1928 el concepto de mentalidad infantil. Cfr. Arthur J. Jersild: *The Psychology of Adolescence*, Nueva York, Mac Millan, 1957.

50. Especialmente por Michel Vovelle: *Ideologies et mentalités*, París, 1982.

51. En este caso resulta inevitable citar la obra de Richard L. Merrit: *Symbols of American Community, 1735-1775*, Westport, Conn. 1966.



Se trata, en definitiva, de un campo de gran amplitud e importancia decisiva, aunque inseparable del sentido trinitario –número, estructura, mentalidades– que resulta difícil separar con entidad propia porque su intensidad y eficacia están en función de lo serial y el orden representados por el número y la estructura. Las mentalidades son plurales en cada una de las dimensiones de la historicidad, en razón a la espontaneidad que denominamos *libertad*, entre Naturaleza e Intimidad, cuyo máximo queda ocupado por la conciencia. Cuando el fenómeno de la conciencia individual se convierte en social y crea una coherencia, puede hablarse de *mentalidad*.⁵² A ella hay que llegar a través del número y de la estructura y nunca como elaboración independiente.

En el análisis histórico se exige rigor y precisión, adhesión a la ciencia y a las técnicas de la lógica, recorrido en todos sus términos de una minuciosa investigación del lenguaje utilizado en las fuentes; de manera particular la relación entre todos los componentes y contenidos de la situación histórica a fin de establecer la realidad vital, social e ideal de los hombres que constituyen la situación. Existe una sabiduría para clarificar los conceptos, pero de modo fundamental al historiador analítico le

52. ¿Puede confundirse “*mentalidad*” con “*espíritu objetivo*”? Como sabemos el hilo de la argumentación categorial de N. Hartmann, radica en la relación de tres situaciones del espíritu: *personal*, en el que la ontología del espíritu coincide con la ontología del hombre, originando categorías del sujeto-persona; *objetivo*, que es la vida del espíritu en su totalidad “*tal como se desarrolla en un grupo humano mediante la camaradería en el tiempo y la comunidad en la vida, para ampliarse, luego cobrar altura y decaer al fin*”; *objetivado*, creación del espíritu objetivo en el curso histórico, en tanto permanezca vigente condicionando una etapa. No es propiamente lo mismo, pues la investigación difiere en uno u otro caso y, en consecuencia, los resultados son diferentes y el proceso analítico también.



resulta imprescindible llegar a conocer los tres elementos, sin los cuales no es posible hablar de historicidad: *temporalidad*, *espacialidad* y *experiencialidad*.

Como en el *conjunto* histórico –no los hechos– se produce la interacción de los valores humanos hasta alcanzar consistencia en las estructuras peculiares de la comunidad de referencia: *política* (organización de la convivencia y la convivencia misma), *económica* (eficacia para conseguir el crecimiento y el desarrollo), *social* (estratificación de la sociedad y aspiración a la justicia social del grupo, con la inevitable división de grupos y el grado de relación entre sí), *cultural* (creación de bienes culturales válidos para todos los componentes de la sociedad) y, finalmente, de *pensamiento* la más compleja de las estructuras humanas, pues en ella se manifiestan las creencias religiosas, los fundamentos filosóficos, la ciencia en todos sus componentes intelectuales, etc.

En un segundo movimiento, la investigación analítica debe establecer la relación vertical entre las estructuras para conseguir comprobar o demostrar si en la época dada predomina alguna de esas cinco regiones estructurales sobre el conjunto o síntesis de todas. De ese modo el investigador analítico podría calibrar tanto la existencia como la intensidad de un *ideal existencial*, cual ha sido su vigencia así como la solidez de su experiencia y la posibilidad de cambio que haya podido representar. Así como haya podido aparecer una línea de conducta que hiciese posible la manifestación del cambio.

Como ha afirmado George Edward Moore (1873-1958) en su obra *Defensa del sentido común* (1925), ésta –el sentido común– es el arma principal del historiador analítico, investigador de conjuntos epocales, para establecer la función trilogía señalada por Bertrand Russell (1872-1970)



y su discípulo L. J. J. Wittgenstein; en el campo histórico por Charles Morazé, Pérez Ballestar y los componentes de la escuela de *Annales*. Siempre todos señalan el objetivo fundamental del historiador: comprender a los hombres en su tiempo para conseguir cuales fueron posibilidades reales en el desenvolvimiento de su realidad radical.

La comprensión de los hombres en su tiempo histórico porque ésta es la raíz para comprender la condición histórica del hombre medio ante la agresión de la Naturaleza, de los otros hombres y de sí mismo en cuanto formulación racional, expresión de sentimientos respecto a los otros y los condicionamientos religiosos, morales, culturales y educativos que les influenciaron hasta cristalizar en las *mentalidades*, tercer nivel de la historia real y máximo objetivo de la Historia conocimiento.

Las etapas para cumplir el análisis histórico serían las siguientes:

Primero: establecido el espacio, el tiempo y la situación del fenómeno que se trata de analizar, establecer una *hipótesis de trabajo*, expresando que es lo que se pretende hacer y como se estima que puede hacerse;

Segundo, recoger cuantos datos sea posible para conseguir el objetivo de la investigación; ordenar y llevar a cabo la crítica de verdades particulares y realidad total. Al final de esta etapa integrar cuantos datos puedan ser importantes aportados por las Ciencias Humanas y Sociales, en función de la “*razón histórica*”, “*eje histórico*” o “*ideal existencial*”;

Tercero, construcción de un esquema acumulativo de las ideas principales, de modo que pueda reflexionarse con la mayor detención posible, la estructura (en éste sentido,



explicación) del conjunto, sus partes, para que cada una de ellas pueda ponerse en relación explicativa con el origen y la meta propuestos.

Una vez depurados todos los sectores y las partes del conjunto y confrontados todos los extremos críticos del mismo, el historiador se encuentra, de modo pleno, en disposición de plantear el esquema definitivo de redacción, ateniéndose al análisis vertical que ha constituido la arquitectura mental de su investigación analítica. Parece razonable pensar que siguiendo la vía analítica de la razón histórica se cumplen dos objetivos fundamentales, ambos propios de los planteamientos científicos del siglo XXI:

1.- Superar los cuatro graves abusos de la Historia positiva:

- La prioridad absoluta del hecho;
- Privilegiar el papel de los individuos mediante un biogismo biográfico;
- Reducir el relato histórico a una secuencia cronológica, con el consiguiente relativismo temporal; y
- Primar lo narrativo y lo clasificatorio de los hechos en el contenido de la historia.

2.- Conseguir la inteligibilidad de la historia:

- Explicar, comprender, transmitir;
- Pluralidad de niveles hacia los cuales se dirige la investigación; y
- Establecimiento categorial de valores en la relación experiencia/posibilidad.



En definitiva y última instancia, la nota específica de la realidad histórica es la temporalidad. Es evidente que los acontecimientos más importantes para los hombres ocurren inespacialmente, pero de modo radical en el tiempo, que es la forma dimensional propia de lo histórico. El hombre vive en el tiempo. Como afirma Millán Puelles:

“el hombre no es sólo existencia presente, sino persistencia del pasado e instancia hacia el futuro”.

En su tiempo, los hombres construyen un mundo histórico, que los historiadores tratan de reconstruir para comprenderlo. Pero es tal la complejidad del mundo histórico, en cada uno de los “*momentos*”, en los que puede producirse la arquitectura de un mundo real que el historiador no puede limitarse a describir, narrar y contar, sino que no tiene más remedio—si es que quiere llevar a cabo un aporte importante para la comprensión de la realidad— que analizar, para tratar de encontrar, siguiendo esa misma complejidad cuáles fueron las ideas racionales, las creencias y las normas éticas, los sentimientos y las soluciones arbitradas en el “*entonces*” que se investiga, dentro de la problemática humana: llevar a cabo, pues, un *análisis* que hoy constituye el camino ineludible para alcanzar la razón histórica del hombre del pasado que sigue vigente en nuestro presente—este es el fundamento del *genoma*— aunque visualizado desde otra personalidad histórica.

